

**La Sustentabilidad Electoral de los Programas de  
Estabilización y Reforma Estructural:  
Los Casos de Argentina y Perú**

**Carlos Gervasoni\***

**Universidad Católica Argentina  
Universidad Torcuato Di Tella  
Buenos Aires, Argentina**

Paper prepared for delivery at the  
XX International Congress of the  
Latin American Studies Association  
Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México  
April 17-19, 1997

---

\* E-mail: [chg@over2314.overnet.com.ar](mailto:chg@over2314.overnet.com.ar)

## 1. Introducción.

“The question at its simplest is: Given an opportunity at the polls, do voters reject leaders who seek reelection (or their designated successors) because they imposed austerity programs and related reforms?”

Joan Nelson (1992)

En 1992 el presidente del Perú, Alberto Fujimori, clausuró el Congreso. En su campaña para eliminar el terrorismo, la preocupación por la protección de los derechos humanos de la ciudadanía no pareció estar entre sus prioridades. Durante su presidencia, los peruanos tuvieron que soportar no sólo un líder de estilo autoritario, sino también terremotos, una gravísima epidemia de cólera y un severo programa de estabilización y reforma estructural. En Abril de 1995 los peruanos reeligieron a Fujimori, otorgándole un 64,4% de los votos.

Un mes más tarde el presidente Menem de Argentina también buscó su reelección. Su administración fue involucrada en muchos y muy graves escándalos de corrupción, y se caracterizó por un elevado nivel de conflicto interno y por un estilo frívolo y desprolijo. En numerosas oportunidades el presidente Menem violó la división de poderes al legislar sobre materias propias del congreso mediante decretos de necesidad y urgencia de muy dudosa constitucionalidad. También existieron creíbles sospechas acerca de presiones sobre los jueces para lograr fallos favorables al oficialismo. Paralelamente Menem aplicó un duro plan de reformas económicas de mercado. En mayo de 1995, el mes de las elecciones presidenciales, el desempleo había alcanzado el récord histórico del 18.4%, el triple del existente en 1991. Menem fue reelecto con el 49.9% de los votos, 2.5% más que en la elección de 1989 y un 20,7% por delante del candidato que obtuvo el segundo lugar.

La respuesta a los acertijos planteados por el éxito electoral de Fujimori y Menem yace, en mi opinión, en los “severos” y “duros” programas de reformas económicas ortodoxas.

Gran parte de la literatura sobre la ola de políticas ortodoxas de estabilización y reforma estructural en los países menos desarrollados ha enfatizado los costos sociales y políticos de las mismas. El ajuste fiscal, la apertura de la economía, las privatizaciones, la eliminación de regulaciones y subsidios, etc. habrían provocado, según esta literatura, un deterioro económico y social en términos de desempleo, pobreza y distribución de la renta. Las mencionadas políticas beneficiarían al capital y perjudicarían a la gran mayoría de asalariados, trabajadores informales y desempleados.

Importantes economistas de tradición estructuralista evaluaron como extremadamente negativas las consecuencias de las nuevas políticas. Por ejemplo, dos economistas vinculados con la CEPAL escribieron:

we should ponder the dramatic recessive and regressive effects of the neo-liberal experiments in structural adjustment. The emphasis on reducing aggregate expenditure in order to achieve minimum macroeconomic stability and manageable

external imbalances has led to a sharp decline of the product, high unemployment and sharp cuts in real wages ... As a result, the poorer sectors have become much worse off and the possibilities of future growth have been seriously threatened (Sunkel and Zuleta 1990, 49).

Se hipotetizó que, frente a una situación como la descrita por Sunkel y Zuleta, la gran mayoría de la ciudadanía expresaría su resistencia mediante todos los medios a su alcance. En contextos democráticos esos medios incluyen el voto:

Even when people do support the radical treatment at the outset, the limited data we have indicate that this support erodes, often drastically, as social costs are experienced. Opposition is expressed in public opinion surveys, elections, strikes, and, at times, riots (Przeworski 1991, 167; subrayado mío).

El argumento completo ha sido adecuadamente resumido por Barbara Geddes:

Expectations ex ante went something like this: economic liberalization will be costly in the short run to the urban popular sector, especially organized labor. Labor will respond with strikes, demonstrations, and votes against the politicians who initiated adjustment policies. Consequently, elected politicians will not want to take the risk of initiating unpopular policies because if they do, they will lose the next election and policies will be reversed (1995, 199; subrayado mío).

A partir de estas ideas, muchos académicos e intelectuales se aventuraron a predecir la derrota electoral de las administraciones reformistas. El politólogo argentino Carlos Acuña, por ejemplo, escribió lo siguiente respecto de las elecciones legislativas de 1993 en la Argentina:

Sin embargo, la resignación no garantiza el mantenimiento de políticas neoliberales en el largo plazo. Las perspectivas para las próximas elecciones parlamentarias de octubre son distintas a la victoria menemista de 1991...Demandas por derechos sociales y de mayor transparencia en la administración pública resultarán en una caída del apoyo electoral al gobierno... (Acuña 1993, 24; subrayado mío).

Lo que en realidad ocurrió fue que el peronismo obtuvo el 40,7% de los votos (contra el 28,9% de los radicales), ganando 18 de los 24 distritos electorales del país. Estos resultados fueron todavía mejores para el oficialismo que los conseguidos en las elecciones de 1991. En 1994 el Justicialismo volvió a ganar las elecciones para la asamblea constituyente, y en 1995 Menem obtuvo la reelección con un notable 49,9% de los votos. Luego de 6 años de drástica aplicación de políticas económicas ortodoxas, el Partido Justicialista (PJ) logró un 2,5% más de los votos que en la elección de 1989.

Durante su estadía en Bolivia en 1993, Alma Guillermoprieto escribió que una de las consecuencias de las políticas neoliberales aplicadas allí era el surgimiento de un candidato presidencial populista, Max Fernández, quien seguramente -en su opinión- haría un muy buen papel en las próximas elecciones (Guillermoprieto 1994). En realidad, Fernández obtuvo sólo el

cuarto puesto con un 13% de los votos, muy por detrás de los dos principales candidatos “neoliberales”, Gonzalo Sánchez de Losada (36%) y Hugo Banzer (21%).

También hubo pronósticos equivocados para el caso Chileno. Jaime Petras escribió:

El gobierno de Aylwin se encuentra ahora administrando el modelo de Pinochet.  
¿Qué consecuencias políticas le acarrearán al gobierno el haberse comprometido en esta empresa?...Aceptar estas responsabilidades también significa socavar el apoyo popular a los partidos que están en el gobierno y posiblemente beneficiar a los partidos que están en la extrema derecha o a los militares o a una coalición reconstituida de partidos de izquierda (Petras 1991, 156-7).

Ninguna de estas alternativas ocurrió. La coalición oficialista encabezada por el presidente Aylwin, que continuó y profundizó las políticas económicas ortodoxas heredadas de la dictadura, en realidad logró mejorar su performance electoral respecto de 1989. En 1993 el candidato de la Concertación, Eduardo Frei, ganó las elecciones presidenciales con el 58% de los votos, 3% más que en 1989.

Algunos investigadores que sí repararon en la falta de la esperada oposición a las reformas económicas ortodoxas intentaron a menudo conceptualizar al fenómeno en términos de “anomalía” o “acertijo”, asumiendo que lo “normal” sería que, dados sus costos, las reformas enfrenten gran oposición: “Un acertijo recorre a la sociología política: la tolerancia popular a los procesos de ajuste económico.” (Navarro, 1995, 443). El mismo autor escribió:

la privación relativa derivada del ajuste, la disponibilidad de recursos de apoyo, y de una estructura de oportunidad favorable dada por la democracia, predicen la conformación de una amplia mayoría contra las reformas. Sin embargo, los acontecimientos no han resultado tan simples de analizar ... Corresponde, por lo tanto, explicar esta sorpresiva y “anómala” ausencia de respuesta o tolerancia de los sectores populares a la puesta en práctica del ajuste (Navarro, 1995, 444; subrayado mío).

Navarro concluye que “en sus actuales formulaciones, no existe un argumento teórico que cabalmente explique esta ‘anomalía’ de la ausencia de respuesta o tolerancia popular” (461).

La cada vez mayor “normalidad de las anomalías” y el hecho de que todas las predicciones electorales mencionadas más arriba resultaran incorrectas pusieron en evidencia las debilidades del razonamiento tradicional acerca de la relación entre reformas económicas y comportamiento electoral, alentando el surgimiento de teorías alternativas. Los satisfactorios resultados electorales conseguidos por otras administraciones reformistas, tales como las de Monge en Costa Rica o Paz Estenssoro en Bolivia, especialmente cuando se las compara con las derrotas sufridas por administraciones no reformistas como las de Siles Zuazo en Bolivia, Alfonsín en Argentina, García en Perú y Sarney en Brasil, otorgaron mayor credibilidad a la idea de que las políticas ortodoxas de estabilización y reforma estructural podían no ser tan impopulares como se había pensado hasta el momento.

Un nuevo paradigma argumentó, entonces, que al reducir la inflación y los desequilibrios externos, y al mejorar la asignación de recursos, las nuevas políticas ortodoxas resultaban en un mejor desempeño económico. Además, economías sin las distorsiones provocadas por las regulaciones estatales y el proteccionismo atraen más inversión y, por lo tanto, crecen más rápidamente. Las privatizaciones a menudo resultan en mejores servicios públicos para más gente. Finalmente, se enfatizó que las bajas tasas de inflación conseguidas por las políticas fiscales y monetarias ortodoxas generan gran apoyo por parte de la población. La estabilidad monetaria eleva el poder de compra de los asalariados, reduce drásticamente el regresivo “impuesto inflacionario” y elimina la incertidumbre tanto para los productores como para los consumidores. De acuerdo a este nuevo paradigma, todos estos beneficios sumados podrían compensar con creces los costos de las reformas y, consecuentemente, generar aceptables niveles de apoyo electoral para las administraciones reformistas.

A comienzos de los 90 algunos investigadores del tema comenzaron a sostener tesis como las siguientes: “there is evidence that successful policy reforms can generate significant political support” (Krueger 1993, 31); “the costs of liberalization are either lower or distributed more complexly than was initially assumed” (Geddes 1995, 203); “even where costs were extremely high, incumbents were not always rejected at the polls” (Geddes 1995, 205). En el primer estudio empírico del tema que he visto, Joan Nelson concluyó que de 16 “Intensively Adjusting Governments,” en países en vías de desarrollo, 6 obtuvieron la reelección y 2 más obtuvieron “quasi-victories,” mientras que 5 fueron derrotados y 3 “quasi-defeated” (Nelson 1992, 254-255). El hecho de que aproximadamente la mitad de las administraciones reformistas en tres continentes (Latinoamérica, África y Asia) hayan sido electoralmente exitosas constituyó un apoyo adicional para el nuevo paradigma. Refiriéndose específicamente a América Latina, David Hojman escribió:

popular opposition to FMOEP (free market open economy policies) has been small except in Venezuela. In some cases popular support for FMOEP seems to be strong (Argentina, Mexico and Peru). In Chile support is overwhelming. Ordinary people seem to dislike high inflation much more than they have been credited for by some academics (Hojman 1994, 218).

En un trabajo anterior (Gervasoni 1995) calculé, para todas los gobiernos elegidos en elecciones razonablemente limpias en América Latina entre 1982 y 1995 (y para las cuales una segunda elección presidencial había ocurrido hasta ese año), la declinación electoral, definida como la diferencia entre el porcentaje de los votos obtenidos por un partido o coalición ganadora<sup>1</sup> en (la primera rueda de) una elección presidencial y el porcentaje de los votos obtenidos por el mismo partido o coalición en la (primera rueda de la) siguiente elección presidencial. Los resultados se presentan en la tabla 1.

---

<sup>1</sup> El adjetivo “ganadora” es usado en el sentido del partido o coalición que obtiene la presidencia. Es necesario aclarar esto porque existen sistemas electorales que pueden hacer que gane un candidato que no sea el que “ganó” en el sentido de obtener más votos (o más votos en la primera ronda). Fujimori, por ejemplo, perdió contra Vargas Llosa en la primera ronda, pero ganó la presidencia en la segunda. En Bolivia, Paz Estenssoro fue derrotado por

**Tabla 1.** Declinación electoral estandarizada y no estandarizada para 30 administraciones

Latinoamericanas, 1982-1995.

Administración	Declinación electoral	Declinación electoral estandarizada (puntaje Z)	Administración	Declinación electoral	Declinación electoral estandarizada (puntaje Z)
García	30.5	1.67	<b>Mediana</b>	<b>7.2</b>	
Collor	30.5	1.67	Duarte	6.9	-0.20
Pérez	29.4	1.58	Azcona	6.7	-0.21
Ortega	26.2	1.33	Monge	6.5	-0.23
Siles Zuazo	23.0	1.07	Balaguer	5.9	-0.28
Cerezo	21.1	0.92	Lusinchi	5.4	-0.32
Alfonsín	19.3	0.78	Arias	5.1	-0.32
Borja	16.0	0.52	Paz Estenssoro	4.6	-0.34
Febres	12.5	0.24	Cristiani	4.5	-0.38
Betancur	11.0	0.13	Calderón	3.9	-0.39
Sanguinetti	10.9	0.12	Gaviria	3.1	-0.44
Callejas	10.8	0.11	Suazo Córdova	2.9	-0.50
Barco	10.0	0.05	Paz Zamora	1.0	-0.66
<b>Media</b>	<b>9.4</b>		Menem	-2.5	-0.94
Lacalle	8.7	-0.13	Aylwin	-2.8	-0.96
Blanco	7.5	-0.15	Fujimori	-35.6	-3.53

*Fuente:* Propia en base a Nohlen 1993; Latin American Newsletter: Latin American Weekly Report, several issues; Latin American Newsletter: Latin American Special Report, Feb 92, Feb 93, Feb 94 and Feb 95; Notisur (electronic journal), varias ediciones, y Rial and Zovatto, D. (eds) 1992.

Las administraciones con declinaciones electorales más altas (o desempeños electorales más pobres) incluyen a las más estadistas y heterodoxas que se han registrado en la región desde 1982: Siles Zuazo en Bolivia, Ortega en Nicaragua, García en Perú, Alfonsín en Argentina (la administración de Sarney no figura en la tabla 1 porque no fue elegida por el voto popular y, por lo tanto, es imposible calcular la declinación electoral). En este grupo también encontramos a Collor y Pérez, de Brasil y Venezuela, respectivamente. Si bien es cierto que estos presidentes comenzaron a implementar programas de estabilización y reforma estructural ortodoxos, el motivo principal de sus altas declinaciones electorales parecen haber sido los juicios políticos por corrupción que los desalojaron del poder y desprestigiaron a sus partidos (de hecho el partido de Collor no se presentó a la siguiente elección presidencial: su alta declinación electoral surge de asumir un 0% de votos para su partido).

No menos interesante resulta observar qué administraciones lograron declinaciones electorales negativas o, en otras palabras, qué presidentes lograron que sus partidos obtengan más votos en

Banzer en 1985, y Paz Zamora por Sánchez de Losada y Banzer in 1989, pero ambos, Paz Estenssoro y Paz Zamora, fueron elegidos presidentes por una alianza de dos partidos en el Congreso.

las elecciones del final del período que en las elecciones presidenciales anteriores. El caso más destacado es el de Fujimori, que es por lejos el más desviado de la muestra: en 1995 obtuvo un extraordinario 35,6% de los votos más que en 1990. Un desempeño electoral tan destacado sólo puede explicarse por varios factores actuando al mismo tiempo. Seguramente variables no económicas como el éxito en la lucha contra Sendero Luminoso y las escaramuzas preelectorales con Ecuador explican parcialmente semejante ascenso electoral. En el contexto de este trabajo, sin embargo, es de gran relevancia el hecho de que Fujimori implementó durante su primer mandato uno de los programas de reformas económicas ortodoxas más profundos de la región.

Las otras dos administraciones que lograron mejorar sus desempeños electorales, las de Aylwin y Menem, son también ejemplos de políticas de libre mercado. Chile es sin duda desde hace muchos años el país más ortodoxo y liberal de América Latina. Argentina, bajo la primera administración de Menem, ha implementado un amplio programa de reformas económicas ortodoxas que bien podría reclamar el título del más rápido del mundo.

Finalmente, es de destacar que otros presidentes reconocidamente reformistas, como Paz Estenssoro y Paz Zamora de Bolivia, Gaviria de Colombia, Calderón Fournier de Costa Rica y Cristiani de El Salvador registran declinaciones electorales claramente por debajo de la media.

En otro trabajo en que correlacioné la variable declinación electoral con cuatro indicadores de política económica, déficit fiscal, tasa de crecimiento de la oferta monetaria, grado de participación del estado en la producción de bienes y servicios, y nivel de proteccionismo. Las cuatro correlaciones indicaron asociación positiva entre heterodoxia y declinación electoral: cuanto mayor es el déficit fiscal, la tasa de aumento de la oferta monetaria, la participación del estado en la producción y la protección arancelaria y no arancelaria, mayor es también la declinación electoral de la administración (todos los coeficientes son significativos para un nivel de confianza del 95%, excepto el correspondiente a la participación del estado en la producción, que sin embargo es significativo al 90%).

Cuando los cuatro indicadores fueron analizados en conjunto utilizando un modelo de regresión múltiple (Gervasoni, 1995), se encontró que el aumento de la oferta monetaria, una variable altamente correlacionada con la inflación, es el indicador con mayor impacto y mayor significación estadística. El coeficiente para la variable nivel de proteccionismo también resultó estadísticamente significativo en la dirección esperada. El déficit fiscal y la participación del estado en la producción no alcanzaron significación estadística. Es decir que de cuatro indicadores dos sugieren que las políticas ortodoxas conducen a mejores resultados electorales para el oficialismo, dos indican que el tipo de política económica no afecta la declinación electoral, y ninguno muestra, como esperaban las teorías tradicionales, que la ortodoxia económica conduce al castigo electoral de sus impulsores.

Si bien esta evidencia empírica parece suficientemente sólida al nivel agregado, es decir regional, los abogados del paradigma tradicional a menudo prefieren discutir al nivel individual, ofreciendo explicaciones alternativas caso por caso.

## 2. Los casos de Argentina y Perú.

Para los casos de los gobiernos de Menem y Fujimori, dos de los que más claramente confirman la asociación positiva entre políticas de estabilización y reforma estructural por un lado y buen desempeño económico del oficialismo por el otro, se han ofrecido numerosas explicaciones alternativas a las de este trabajo. La seguidilla de victorias electorales del menemismo y del fujimorismo, de acuerdo a este punto de vista, se explicaría por otras causas y a pesar de la política económica. Sin embargo, dada la magnitud, consecuencias y centralidad que las reformas económicas tuvieron durante los primeros mandatos de Menem y Fujimori, resulta inverosímil postular que los excelentes resultados electorales conseguidos, muy por sobre la media de la región, fueron alcanzados a pesar de las reformas. Esto equivale a decir que si esas reformas no hubieran sido implementadas, Menem y Fujimori hubieran recibido aún más votos, lo que resulta difícil de imaginar, dadas sus ya considerables desviaciones respecto del promedio regional (mostradas en la tabla 1).

Una explicación más plausible es la que vincula el éxito electoral de estos presidentes con sus políticas económicas y con las consecuencias de las mismas. En la tabla 2 se presenta el desempeño económico de Argentina y Perú en términos de PBI e inflación durante los años de las administraciones heterodoxas de Alfonsín y García y de las administraciones ortodoxas de Menem y Fujimori.

**Tabla 2.** Evolución del PBI y la inflación en Argentina y Perú 1985-1995

		1985	1986	1987	1988	1989 <sup>3</sup>	1990 <sup>4</sup>	1991	1992	1993	1994	1995
<b>Argentina</b>	PBI <sup>1</sup>	-6,6	7,3	2,6	-1,9	-6,2	0,1	8,9	8,7	6,0	7,4	-4,4
	Inflación <sup>2</sup>	672	90	131	343	3080	2314	172	25	11	4	3
<b>Perú</b>	PBI <sup>1</sup>	2,8	10,0	8,4	-8,8	-11,7	-3,8	2,9	-1,8	6,3	13,1	7,0
	Inflación <sup>2</sup>	163	78	86	667	3399	7482	410	74	49	24	11

1. Variación porcentual respecto del año anterior del PBI a precios constantes.

2. Variación porcentual respecto del año anterior de los precios al consumidor.

3. Año de la elección presidencial (mayo) y el traspaso del poder de Alfonsín a Menem (julio).

4. Año de la elección presidencial (abril) y el traspaso del poder de García a Fujimori (julio).

Fuente: Fondo Monetario Internacional (1996).

Se observa un ciclo comparable para Argentina y Perú. Las administraciones heterodoxas de la segunda mitad de los 80 consiguen algunos años de crecimiento económico (como el 86 y el 87) o, mejor dicho, de recuperación económica, ya que generalmente se trata de “rebotes” respecto de situaciones recesivas anteriores. Estas variaciones positivas del producto, sin embargo, se basaron en una elevación artificial de la demanda vía gasto público financiado con emisión monetaria, lo cual se refleja en las altas tasas de inflación, las que ni siquiera pudieron ser reducidas mediante los sucesivos intentos de control de precios, salarios y tipo de cambio. En el trienio 88-90 la situación estalla: la recuperación económica alcanza los límites de la capacidad productiva, la situación de la balanza de pagos se deteriora de acuerdo al típico “ciclo populista”



(Dornbusch and Edwards (eds.) 1991) y ambos países se desbarrancan en una espiral de devaluaciones, estampidas de precios y recesión que desemboca en las crisis hiperinflacionarias del 89 y 90. En Argentina el pico inflacionario se alcanza en 1989 y, luego de una reducción importante a comienzos de la administración de Menem, la alta inflación retorna brevemente en 1990. En Perú el cambio de administración ocurre en 1990, también coincidiendo con el pico hiperinflacionario.

Desde 1991 ambos países logran drásticas reducciones en sus tasas de inflación mediante la aplicación de políticas fiscales y monetarias ortodoxas, y también gracias a otras reformas como la liberalización comercial. Argentina aparece siempre con una inflación menor a la de Perú debido a que su programa anti-inflacionario se lanzó más tempranamente y a que el mismo incluye, desde 1991, un tipo de cambio fijo que refuerza los efectos de las políticas fiscales y monetarias.

El punto principal es que ambos países logran, mediante estrictos programas de estabilización y reforma estructural, reducir sus inflaciones de niveles récord a niveles aceptables en alrededor de tres años. Es más, la estabilización de precios se consigue en contextos de alto crecimiento económico. En los cuatro años de 1991 a 1994 (año anterior a la recesión provocada por la devaluación mexicana de diciembre de 1994) el PBI argentino creció casi un 35%. En el trienio 1993-1995 Perú consigue un incremento en su producto de casi un 29%.

Desde este punto de vista, entonces, ambas administraciones acreditan el doble mérito de sacar a sus países de profundas crisis y de colocarlos, en unos pocos años, en una situación macroeconómica ideal: estabilidad con crecimiento. Independientemente de los costos de las reformas, está claro que Menem y Fujimori llegaron al final de sus primeros mandatos (y a las elecciones de renovación presidencial) pudiendo exhibir grandes logros macroeconómicos. El caso de Menem es algo más complejo porque ya en mayo de 1995, mes de las elecciones, la recesión desatada luego de la devaluación mexicana de diciembre de 1994 se estaba haciendo sentir con gran intensidad y había provocado un gran aumento en la tasa de desempleo, del 10,7% en la medición de mayo de 1994 al 18,4% en la de mayo de 1995. Se ha hipotetizado que el electorado percibió la recesión como un golpe externo y que, consecuentemente, no le atribuyó responsabilidad al gobierno. Una explicación complementaria sostiene que los logros económicos de Menem durante su primer mandato lo convirtieron en el candidato más confiable para enfrentar la nueva crisis económica y evitar una vuelta a la inflación y las devaluaciones.

El rasgo distintivo del caso peruano es la importancia de variables no económicas en las decisiones del electorado. Fujimori no sólo logró éxitos macroeconómicos. También obtuvo decisivas victorias contra el terrorismo. Además, poco antes de las elecciones de abril de 1995, las escaramuzas fronterizas con Ecuador provocaron un efecto “rally around the flag” que seguramente reforzó sus apoyos electorales.

Lo que resulta común a Menem y a Fujimori, entonces, es el ser percibidos como los “salvadores” que tomaron países en llamas y los transformaron en países con presentes económicos razonables y perspectivas optimistas. Desde este punto de vista se podría decir que estos presidentes lograron cómodamente su reelección gracias a sus políticas económicas y a pesar de rasgos de autoritarismo, corrupción e internismo y, por lo menos en el caso de Argentina, frivolidad y ostentación.

Los beneficios electorales para el oficialismo derivados de la aplicación de políticas ortodoxas de estabilización y reforma estructural deben ser entendidos no sólo como un “premio” otorgado por la ciudadanía en reconocimiento a los servicios prestados, sino también en términos del “castigo” evitado. Alfonsín, García y la mayoría de las administraciones latinoamericanas de orientación más heterodoxa sufrieron severas derrotas electorales. Es decir, aún si fuera cierto que las políticas ortodoxas han sido impopulares, las políticas heterodoxas lo han sido en mucha mayor medida. “Orthodox policy choices offered no guarantee of economic success but unorthodox policies emphasizing growth at the expense of stabilization and adjustment (as in post-1985 Peru) were a certain recipe for disaster” (Remmer 1993, 403). Y está claro que los gobiernos que producen desastres económicos inevitablemente sufren desastres electorales.

### 3. Explicaciones alternativas para el caso argentino

La primera teoría alternativa que se ha dado para el caso argentino tiene que ver con la naturaleza del peronismo. A diferencia del partido de Fujimori, el partido justicialista del presidente Menem tenía en 1989 una larga historia, un alto nivel de institucionalización, una muy amplia cobertura geográfica y una profunda inserción en la sociedad. Es más, con la excepción de las elecciones de 1983 y 1985, el peronismo nunca fue derrotado en una elección nacional libre. Estos innegables factores han dado origen a algunas explicaciones distintas a las de este trabajo acerca de la eficacia electoral del peronismo menemista.

Estas explicaciones generalmente recurren a los conceptos de “lealtad”, “clientelismo” y “máquina partidaria”. El peronismo, por su historia, por lo que significó para las clases populares, por su amplia organización partidaria, por su sistema de alianzas corporativas y por su estructura clientelística sería capaz de asegurarse los votos de una mayoría en cualquier circunstancia, aún después de la aplicación un “antipopular” programa de reformas económicas. Aunque caben pocas dudas de que hay votos peronistas que se originan en tradiciones y lealtades partidarias o en relaciones clientelísticas, resultaría poco verosímil sostener que todos los votos se originan en estas fuentes y que las mismas no pueden ser erosionadas por la performance del justicialismo en el gobierno. Esto equivaldría a sostener que los votantes del peronismo son mayormente irracionales: apoyan al candidato de su partido aún si el mismo está aplicando políticas que los perjudican. Pero esta tesis tiene una debilidad aún mayor: sólo explica un piso electoral, pero no puede explicar variaciones respecto de ese piso. Si se admite que existe un electorado “leal” y “clientelístico” que siempre vota por el PJ, y se asume que el mismo constituye una proporción más o menos constante del electorado total, queda por explicarse que es lo que hace que el justicialismo haya obtenido, en las elecciones presidenciales del actual período democrático, un mínimo del 40% de los votos en 1983 y un máximo del 50% en 1995 (gráfico 1). Similar variación se observa para las elecciones legislativas, en las cuales el PJ obtuvo un mínimo del 35% en 1985 y un máximo del 45% en 1989 (gráfico 2).

En otras palabras, aún si es verdad que existe un muy estable núcleo duro de votantes peronistas “leales” o “clientelísticos” (no superior al 35% del electorado, de acuerdo al los datos de los gráficos 1 y 2), queda claro que existe también un bloque de votantes que no pertenecen a ese núcleo pero que sí votan en ocasiones por el peronismo. Para la elección de 1995 ese bloque fue

de, por lo menos, el 15% del electorado (el 50% obtenido por Menem menos el 35% de peronistas leales).

En términos de esta teoría, la pregunta central de este trabajo podría ser reformulada de la siguiente manera: ¿Porqué aún después del supuestamente impopular programa de reformas económicas ortodoxas aplicadas entre 1989 y 1995 el justicialismo logra sumar por lo menos un 15% del electorado no perteneciente al núcleo duro? Y también es legítima, como decíamos más arriba, la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que explica que los integrantes del núcleo duro permanezcan masivamente allí a pesar de los supuestamente devastadores efectos de las políticas ortodoxas en los sectores populares? El caso peruano vuelve a presentar un contraste interesante: un partido masivo con varias características similares al peronismo como el APRA, prácticamente desapareció luego de que un presidente surgido de él, Alan García, implementara un programa económico heterodoxo y llevara a su país a la hiperinflación y el estancamiento. En ningún lugar del mundo existen partidos “a prueba de fracasos”. Todo partido que una vez en el gobierno defrauda a sus votantes, pierde apoyo electoral. El peronismo no tiene porque ser la excepción.

Una segunda hipótesis que se ha propuesto para justificar la fortaleza electoral del PJ a pesar de sus supuestamente impopulares políticas económicas ha sido el de la debilidad de la oposición. En realidad no se trataría de que la población votó por una candidato atractivo, sino que votó por el menos malo. Este es un argumento de difícil contrastación empírica, ya que no es claro como se operacionaliza el concepto de “debilidad de la oposición” (no se lo puede hacer en términos de la cantidad de votos que obtiene, ya que esto conduciría a una evidente tautología). De todas formas resulta por lo menos aventurado decir que las fuerzas políticas opositoras eran débiles en 1995. Allí estaba la UCR, un partido con una larga historia y una sólida estructura nacional, que logró dos veces derrotar el PJ. También estaba la alternativa del FREPASO, una ascendente fuerza política que presentó una fórmula presidencial compuesta por dos políticas con muy buena imagen ante la opinión pública. Existían, entonces, dos fuerzas que, por diferentes motivos, resultaban atractivas para vastos sectores del electorado. Sin embargo la fórmula Menem-Ruckauf obtuvo casi un 4% más de los votos que la suma de los obtenidos por las fórmulas Bordón-Alvarez (FREPASO) y Massaccesi-Hernández (UCR). Si en 1995 hubiera existido un generalizado rechazo popular de la administración justicialista, seguramente la mayoría del electorado se hubiera volcado a alguna de las dos fórmulas opositoras principales.

Un tercer argumento ha sido jocosamente bautizado como la teoría del “voto licuadora”. Este sostiene que a partir de la estabilidad monetaria posterior a la ley de convertibilidad, reapareció masivamente el crédito para el consumo y, entonces, muchos votantes comenzaron a endeudarse, muchas veces en dólares, para comprar electrodomésticos (licuadoras, por ejemplo), autos y otros bienes durables. Menem, por supuesto, aparecía como el candidato más comprometido con la estabilidad y la convertibilidad y, consecuentemente, los consumidores endeudados habrían votado por él para asegurar que sus deudas no crecerían al ritmo de futuras devaluaciones. Esta teoría, desde nuestro punto de vista, tiene el mérito de reconocer que mucha gente se benefició con las consecuencias de las políticas económicas ortodoxas (en este caso con la estabilidad y el crédito para el consumo). Sin embargo, adolece de importantes debilidades. En primer lugar, resulta altamente reduccionista explicar la decisión de millones de votantes mediante un sólo factor: estar o no endeudado en dólares. En segundo lugar, no existe evidencia empírica de que la mayoría de la población, ni siquiera una parte considerable de ella, estuviera en 1995

endeudada de esa manera. Esta claro, también, que muy amplios sectores de la sociedad argentina ni siquiera están en condiciones de acceder a ese tipo de créditos. Y entre los que sí pueden acceder, hay muchos que no los necesitaron o eligieron no tomarlos.

Finalmente, “Se ha sugerido que una astuta combinación de manipulación, cooptación y represión permite el sostenimiento de las medidas de ajuste.” (Navarro 1995, 454). Este es también un argumento difícil de contrastar empíricamente. Nuevamente se corre el riesgo de caer en una tautología si la prueba de la “astucia” de Menem es que obtuvo una gran cantidad de votos. Se puede discutir mucho sobre cuan astuta ha sido la administración justicialista para manipular, cooptar y reprimir organizaciones y sectores sociales. Esta claro, sin embargo, que si sus políticas económicas hubieran sido tan impopulares como se las ha presentado, no sería fácil explicar porqué la mayor parte del electorado, que difícilmente pueda ser masivamente manipulado y cooptado, y que no enfrenta riesgos de represión bajo condiciones de voto secreto, no eligió castigar al justicialismo en 1995.

El mérito de las hipótesis sostenidas en este trabajo y el de las hipótesis alternativas expuestas más arriba sólo puede ser determinado mediante la contrastación empírica. En la próxima sección se examinan las consecuencias del análisis de los datos opinión pública disponibles para varias de las hipótesis mencionadas.

#### **4. La estructura de las coaliciones electorales menemistas de 1989 y 1995.**

El Partido Justicialista obtuvo el 47,4% de los votos en las elecciones presidenciales de 1989 y el 49,9% en las de 1995. En otras palabras, luego de casi 6 años de políticas económicas ortodoxas el peronismo no sólo mantuvo su caudal electoral, sino que logró incrementarlo levemente (un fenómeno ciertamente raro en América Latina, según demuestran los datos de la tabla 1). Lo que estas cifras no nos dicen, sin embargo, es qué tipo de votantes apoyaron a Menem en el 89 y en el 95. ¿Fueron los mismos? ¿O hubo sectores que abandonaron al PJ entre 1989 y 1995 que fueron reemplazados por votos que migraron hacia el justicialismo durante ese período?

A continuación se intenta responder estas preguntas y, más en general, estudiar la estructura de las coaliciones electorales justicialistas de 1989 y 1995, a partir de datos de encuestas. Utilizamos para ellos dos sondeos de opinión pública de alcance nacional realizados semanas antes de ambas elecciones por el Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados. Ambas muestras son casi idénticas en su diseño y distribución geográfica, aunque no en su tamaño: la de 1989 es de 800 casos y la de 1995 de 1224 casos (ver la información técnica completa en el apéndice)

En la tabla 3 se presentan las intenciones de voto estimadas a partir de dichas encuestas. También se muestran los resultados electorales reales con el fin de proveer una clara idea acerca de la calidad de los datos.

**Tabla 3.** Resultados de encuestas preelectorales y elecciones presidenciales en 1989 y 1995. (Todas las cifras expresan porcentajes).

Partido	Presidenciales 1989		Presidenciales 1995	
	Encuesta (4/1989)	Elecciones (5/1989)	Encuesta (3-4/1995)	Elecciones (5/1995)
Partido Justicialista	43,4	47,4	52,0	49,9
Unión Cívica Radical	36,3	37,2	15,4	17,0
Alianza de Centro	10,0	6,3	-	-
FREPASO	-	-	28,0	29,2
Otros	10,3	8,9	4,6	3,9

Fuentes: propia en base a datos del Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados y la Dirección Nacional Electoral.

Se observa que en ambas elecciones hay diferencias razonablemente pequeñas entre las estimaciones de las encuestas y los resultados reales. El PJ es algo subestimado en 1989 y algo sobrestimado en 1995, mientras que la UCR es levemente subestimada en ambos casos. Lo mismo ocurre con el FREPASO en 1995. En 1989 la Alianza de Centro recibió un porcentaje de votos algo menor que lo que la encuesta le asignaba. Si se tiene en cuenta la magnitud del error muestral y el hecho de que ambos trabajos de campo fueron realizados algunas semanas antes de la elección (ver apéndice), lo que inevitablemente añade un error vinculado a los cambios de último momento, queda claro que estamos frente a datos de más que aceptable confiabilidad.

La tabla 4 es una matriz de fidelidad partidaria simplificada (se incluyen sólo las principales fuerzas políticas). En ella se presentan las proporciones de votantes de cada partido en las elecciones presidenciales de 1983 y 1989 que en las siguientes elecciones presidenciales votaron por el mismo partido o migraron hacia otros<sup>2</sup>. Los datos de la tabla 4 se basan sólo en las personas que al momento de la encuesta tenían 24 años o más, ya que los menores de esa edad no tenían la edad mínima para votar (18 años) en las elecciones anteriores.

<sup>2</sup>Debe destacarse que los resultados de la pregunta sobre el voto anterior generalmente se alejan más de los resultados reales que lo que podría justificarse por la vía del error muestral. Muchos ciudadanos no recuerdan a quien votaron o lo recuerdan incorrectamente. Otros parecen no querer reconocer que apoyaron a un candidato que fue vencido. Consecuentemente suele haber una sobrestimación del voto del partido ganador y una subestimación del de los perdedores. Bajo el razonable supuesto de que la mayoría de los entrevistados que declaran haber votado por un partido efectivamente lo hicieron, los análisis basados en esta pregunta deberían ser, por lo menos, indicativos de tendencias reales en la población.

**Tabla 4.** Matriz de fidelidad partidaria en elecciones presidenciales. Universo: mayores de 23 años (todas las cifras son porcentajes verticales).

Votó por...	Voto en la elección presidencial anterior			
	PJ	U. C. R <sup>2</sup>	Derecha <sup>3</sup>	Izquierda <sup>4</sup>
P. Justicialista 1989 (Menem-Duhalde)	84,0	21,2	*	*
P. Justicialista 1995 (Menem-Ruckauf)	66,7	14,1	65,0	0
U. Cívica Radical 1989 <sup>1</sup> (Angeloz-Casella/Guzmán)	3,2	55,0	*	*
U. Cívica Radical 1995 (Massaccesi-Hernández)	3,8	42,3	0	8,7
FREPASO 1995 (Bordón-Alvarez)	21,6	33,5	30,0	73,9

1. Incluye a la CFI, que apoyó al candidato radical postulando la fórmula Eduardo Angeloz-M. Cristina Guzmán.

2. Incluye a la CFI para la elección de 1989.

3. Básicamente la Alianza de Centro en 1989.

4. Básicamente el Partido Intransigente en 1983 y la Izquierda Unida y la Unidad Socialista en 1989.

\* No se presentan los porcentajes por tratarse de celdas con bases muy pequeñas.

Se observa que el PJ logra en ambas elecciones retener una proporción considerablemente mayor de votantes que la UCR. En la elección de 1989 el PJ retiene una gran mayoría de sus votantes, cediendo una proporción pequeña a la UCR (y una proporción también pequeña a otros partidos no mostrados en la tabla, y a categorías como “voto en blanco” o “no votará”). La UCR, en cambio, cede en 1989 más del 20% de sus votos de 1983 al PJ. Dada la casi inexistencia electoral de los partidos de izquierda y derecha en las presidenciales de 1983, ninguna de estas fuerzas aparece proveyendo votos al PJ o a la UCR en 1989.

La situación cambia significativamente en 1995, especialmente debido a la aparición del FREPASO. Ese año el PJ sólo logra retener 2/3 de sus votos. Casi el 22% de sus votantes de 1989 migran hacia el FREPASO (y nuevamente una proporción pequeña, de casi el 4%, deserta hacia la UCR). El radicalismo pierde aún más votos: más de 1/3 escapa hacia el FREPASO y un 14% hacia el PJ (la UCR logra retener sólo algo más del 40% de sus votantes de 1989, lo que en gran medida explica su muy pobre desempeño electoral en el 95). Los votos que en el 89 habían recibido la Alianza de Centro y otros partidos menores de la derecha migran mayoritariamente hacia el PJ, aunque existe también una proporción importante que transita hacia el FREPASO. Previsiblemente, los votos de 1989 de la izquierda concurren masivamente hacia el FREPASO. En 1995 la UCR prácticamente no recibe votos de la derecha o la izquierda.

Las conclusiones más importantes para este trabajo que surgen de la tabla 4 son: 1) la coalición electoral justicialista de 1989 fue básicamente leal: estuvo compuesta por casi todos los votantes peronistas del 83 más una proporción importante de ex votantes de Alfonsín y, 2) la coalición justicialista de 1995 fue considerablemente menos leal: una proporción cercana al tercio de los votantes de Menem de 1989 migró hacia otras fuerzas, básicamente el FREPASO. Al mismo tiempo, Menem logró atraer nuevamente una proporción importante de votos que habían sido radicales en 1989 y la mayoría de los votos que la derecha recibió ese año. En otras palabras, Menem logró incrementar levemente su caudal electoral entre 1989 y 1995 porque compensó con ex votantes radicales y de derecha lo que le fue arrebatado básicamente por el FREPASO. Se concluye, por decirlo de una manera simple, que el PJ perdió votos por izquierda y los ganó por derecha, lo cual resulta perfectamente consistente con las políticas aplicadas por Menem durante el período 1989-1995. Es de gran significación, sin embargo, que el PJ haya conseguido

retener 2/3 de sus votantes aún luego del abrupto giro ideológico de Menem y de las drásticas políticas ortodoxas aplicadas desde 1989. La mayoría de las personas que votaron por el Menem de discurso populista e imagen caudillesca en 1989 votaron también por el Menem de atuendo elegante e ideología neoliberal en 1995.

La tabla 5 muestra los transvasamientos electorales desde otro punto de vista. Allí se indica qué porcentaje de los votantes de cada partido en una determinada elección votaron por cada partido en la anterior. Allí se observa que la coalición menemista de 1989 contenía una muy alta proporción de ex votantes de Alfonsín, mientras que la coalición que respaldó a Angeloz estaba compuesta básicamente de votantes anteriores del radicalismo y de nuevos votantes. En 1995 el PJ obtiene 2/3 de sus votos de sus propios votantes de 1989, y casi un 9% adicional de ex votantes del radicalismo y la Alianza de Centro. También consigue un caudal importante de los nuevos votantes (menores de 24 años). Se observa que la UCR y, en mayor medida, el FREPASO conforman sus coaliciones electorales con votos que habían sido de Menem en 1989. El FREPASO también se integra con proporciones importantes de ex votantes radicales y ex votantes de partidos de izquierda (muchos de esos partidos se incorporaron al FREPASO).

**Tabla 5.** Estructura de los electorados de los principales partidos en las elecciones presidenciales de 1989 y 1995 según voto anterior (todas las cifras son porcentajes verticales).

Elección de...	1989		1995		
	Partido Justicialista	Unión Cívica Radical <sup>1</sup>	Partido Justicialista	Unión Cívica Radical	FREPASO
P. Justicialista	57,1	2,6	68,0	13,2	41,2
U. Cívica Radical	23,3	72,2	6,0	61,8	27,7
Derecha	0	0,4	2,5	0	2,2
Izquierda	1,1	0,9	0	1,3	6,2
CFI	-	-	0,2	1,3	0,7
Otros	0	0	0,2	0	0
No votó/en blanco	3,6	3,0	3,5	2,6	4,4
Nuevos votantes	9,5	17,4	15,0	14,5	13,1
No responden	5,5	3,5	4,5	5,3	4,4

1. Incluye a la CFI, que apoyó al candidato radical postulando la fórmula Eduardo Angeloz-M. Cristina Guzmán.

La tesis de la fidelidad partidaria queda considerablemente debilitada por estos datos. Si bien es cierto que el PJ consigue más fidelidad que la UCR, no es menos cierto que entre 1989 y 1995 muchos votantes huyeron del justicialismo. En realidad el notable desempeño electoral del peronismo en 1995 se explica en parte por su capacidad de retener votantes aún luego de un abrupto giro hacia el neoliberalismo, pero en gran parte también por su capacidad de reemplazar una importante cantidad de votos perdidos (mayoritariamente a manos del FREPASO) por una cantidad todavía superior de nuevos votos provenientes fundamentalmente de la derecha, la UCR y los nuevos votantes.

¿Qué significaron estas entradas y salidas en términos del perfil de los votantes justicialistas de 1989 y 1995? Sin duda que la pérdida de votos que habían sido propios en 1989 y la ganancia de votos que no lo habían sido en las presidenciales de ese año habrán tenido algún impacto sobre la

composición de la coalición electoral justicialista en términos de variables sociológicamente relevantes. A continuación se presentan una serie de gráficos que muestran los cambios que sufrió la coalición electoral menemista entre 1989 y 1995 en términos de variables sociodemográficas, socioeconómicas, políticas e ideológicas<sup>3</sup>.

#### **4.1. Variables sociodemográficas.**

En 1989 Menem consiguió una proporción algo superior de votos entre los hombres, mientras que en 1995 ocurrió exactamente lo contrario (gráfico 3). El gráfico 4 muestra que los votantes de 1995 fueron más jóvenes que los del 89: en este último año los dos primeros segmentos de edad -de 18 a 27 años- fueron los que más débilmente apoyaron a Menem, mientras que en 1995 el segmento más joven fue el que le otorgó por lejos el mayor respaldo.

#### **4.2. Variables socioeconómicas.**

El índice de posesiones materiales (IPM) es un índice sumatorio de variables que indican la posesión o no de ítems tales como lavarropas, automóvil, videocassetera o tarjeta de crédito. Se lo utiliza como una aproximación a la medición de la riqueza, ya que variables tales como patrimonio o ingreso resultan de muy difícil relevamiento. El IPM, de naturaleza intervalar, se presenta ordinalmente en cinco niveles. Según se observa en el gráfico 5, los resultados para 1989 muestran una clara correlación negativa entre IPM y voto por el PJ: a mayores posesiones materiales menor probabilidad de votar por el peronismo. Los resultados de 1995 también muestran esa tendencia, pero mucho más moderada. Menem pierde algo de apoyo entre los sectores de IPM bajo y medio bajo, pero lo gana entre los sectores medio y medio alto. Más notable aún, entre los votantes más ricos la intención de voto por el PJ crece muy fuertemente. Todo esto significa que el tradicionalmente clasista voto por el PJ se hace mucho más horizontal en 1995: en ese año vota por Menem una proporción algo menor de sectores populares, una proporción algo mayor de estratos medios y una proporción mucho mayor de clases altas.

Una tendencia similar aparece al analizar el voto por el PJ según la ocupación (o última ocupación) de los entrevistados que trabajan o trabajaron (se excluyen estudiantes, amas de casa y desempleados que no trabajan ni nunca trabajaron). Se observa en el gráfico 6 una moderada pérdida de votos en el sector de bajo status -trabajadores informales, vendedores ambulantes, personal doméstico, etc.- y una pérdida aún mayor entre los obreros manuales, el segmento tradicionalmente más fiel al justicialismo (Mora y Araujo, 1980, 414-417). En los sectores medios -empleados y trabajadores formales independientes- Menem logró mantener y aún mejorar levemente su desempeño electoral de 1995. Es el segmento de alto status (empresarios, gerentes, profesionales, altos funcionarios, etc.) el que más varía entre el 89 y el 95: la proporción de votos que el PJ obtiene en ese segmento crece dos veces y media. Nuevamente, la

---

<sup>3</sup> Los gráficos que se presentan a continuación deben ser interpretados cuidadosamente debido a las diferencias entre la intención de voto registrada por las encuestas y los resultados electorales reales. El PJ obtuvo un 2,5% más de los votos en 1995 que en 1989. Sin embargo las mencionadas subestimación del voto del PJ en la encuesta de 1989 y sobrestimación del mismo en la encuesta de 1995 provocan que la diferencia entre las dos elecciones sea del 8,6%, es decir, un 6,3% mayor a la real. Consecuentemente, diferencias de esa magnitud entre los datos de 1989 y los de 1995 no deberían ser interpretados como aumento sino como estabilidad.



clave del éxito electoral justicialista de 1995 parece estar en compensar pérdidas moderadas en los sectores populares con ganancias también moderadas en los sectores medios y con grandes avances en los sectores altos.

El voto justicialista también desciende con la educación en ambas elecciones (gráfico 7). En 1989 la mayor caída se registraba al pasarse del nivel secundario incompleto al secundario completo. En 1995 Menem logra un apoyo algo mayor entre las personas que no completaron el secundario y un apoyo mucho mayor entre los que sí lo hicieron. Las personas con educación terciaria o universitaria también apoyaron más a Menem en 1995, pero menos de lo que podría esperarse en función de los resultados de las dos variables anteriores. Esto puede deberse a la influencia de la variable edad: se mostró más arriba que los jóvenes tendieron a votar más por el PJ en 1995, y debe recordarse que son las personas adultas las que tienen o muy poca educación o títulos terciarios o universitarios. Los jóvenes de hoy en día tienden a completar el primario e ingresar al secundario más que sus mayores, pero por su edad todavía no constituyen una proporción importante de las personas con estudios terciarios o universitarios.

Se concluye que entre 1989 y 1995 la coalición electoral menemista se horizontalizó en términos socioeconómicos. No debe perderse de vista, sin embargo, que en 1995 sigue existiendo una correlación negativa -si bien más débil que en 1989- entre variables socioeconómicas y voto por el PJ. Es decir que éste sigue obteniendo mayor apoyo electoral en los sectores bajos que en los medios y los altos.

### **4.3. Variables políticas.**

El gráfico 8 demuestra una altísima (y esperable) correlación entre la opinión sobre del PJ y la intención de voto por Menem. Es de destacar, sin embargo, que dicha correlación es menos fuerte en 1995: se observan algunos votantes con opinión muy buena del PJ que no votan por su candidato, mientras que la proporción de los que evalúan al PJ como “regular” o “malo” pero vota por Menem es considerablemente mayor en 1995 que en 1989. Estos datos tienden a confirmar la idea de que el peronismo logró en 1995 atraer votos no “leales” o no “clientelísticos” en mayor proporción que en el pasado.

Otra variable política de gran importancia, el voto en elecciones anteriores, ya fue analizada en las tablas 4 y 5.

### **4.4. Variables ideológicas.**

Buena parte del debate político e ideológico en la Argentina de los 80 y 90 giró en torno de temas vinculados a las reformas económicas, como el del papel del Estado en la economía, las privatizaciones, la liberalización de los mercados, la convertibilidad, etc. Las encuestas de 1989 y 1995 comparten dos preguntas incluidas como indicadores de algunas variables importantes del debate económico en esos años.

La primera de ellas divide a la población en *productivistas* -personas fundamentalmente preocupadas por el nivel y crecimiento de la producción- y *distribucionistas* -aquéllos más preocupados por la distribución equitativa de los producido-. En 1989 Menem obtuvo un apoyo algo mayor entre los distribucionistas que entre los productivistas (gráfico 9), lo cual resulta consistente con el estilo típicamente populista que desplegó en la campaña electoral. En 1995, por el contrario, obtiene más apoyos entre los productivistas. Se confirma entonces, desde el punto de vista ideológico, la idea de que la coalición menemista de 1995 pierde votantes típicamente peronistas, al tiempo que recluta votantes de la derecha liberal que nunca habían estado cerca del justicialismo.

Un cambio de mayor magnitud se observa al analizarse el impacto de la variable que divide a la población en *privatistas* -personas favorables a que “la mayor parte de las cosas las hagan las empresas privadas”- y *estatistas* -personas con más confianza en las empresas estatales-. Menem obtuvo el apoyo de casi 2/3 de los estatistas en 1989, contra sólo 1/3 de los privatistas (gráfico 10). Nuevamente la candidatura justicialista de 1989 aparece mucho más atractiva para los votantes con orientaciones populistas y socialistas. En 1995, sin embargo, las cifras se invierten: Menem obtiene una proporción mayor de votos entre los privatistas que entre los estatistas. Casi la mitad de estos últimos, sin embargo, declaran intención de voto por el PJ. Esto parecería estar confirmando que, efectivamente, una gran cantidad de votantes típicamente peronistas que no modificaron sus posturas ideológicas continuaron apoyando a Menem a pesar de sus políticas económicas ortodoxas.

## **5. El perfil de los votantes perdidos y ganados por el justicialismo en las elecciones de 1995.**

De las tablas 4 y 5 se concluyó que en 1995 el PJ cedió una proporción importante de sus votantes de 1989 fundamentalmente al FREPASO (de aquí en adelante denominaremos a este grupo “votantes fugados”), al tiempo que recibió una cantidad considerable de votos provenientes de personas que en el 89 habían sufragado por la UCR y, en menor medida, por la Alianza de Centro (“votantes atraídos”). Concluiremos este trabajo analizando el perfil sociodemográfico, socioeconómico, político e ideológico de estos dos segmentos.

La tabla 6 resume las principales diferencias y similitudes entre los votantes fugados y los votantes no fugados (los que volvieron a votar por el PJ en 1995) y entre los votantes atraídos y los demás votantes del PJ (fundamentalmente los que habían votado por el peronismo en 1989).

**Tabla 6.** Resumen de las diferencias y similitudes entre los votantes fugados y atraídos y los votantes leales del PJ.

	<b>Votantes fugados<sup>1</sup></b>	<b>Votantes atraídos<sup>2</sup></b>
Variables sociodemográficas	Sin diferencias según sexo Levemente más viejos	Proporción bastante más alta de hombres  Bastante más concentrados en el segmento de 50 a 64 años.
Variables socioeconómicas	Algo más concentrados en sectores medios.	Nivel socioeconómico considerablemente más alto.
Variables políticas	Mucho peor opinión sobre el Partido Justicialista.  Sólo 1/3 dice haber votado por el PJ en 1983. La mitad votó por la UCR. Entre 1/3 y 1/2 ya había emigrado en las elecciones legislativas de 1993 y constituyentes de 1994.	Mucho peor opinión del Partido Justicialista.  Mayoritariamente votantes de la UCR en 1983.  Algo menos de la mitad ya había apoyado al PJ en las elecciones de 1993 y 1994.
Variables ideológicas	Mucho peor opinión de la política económica.  Levemente más distribucionistas y estatistas.	Similar opinión de la política económica.  Algo más productivistas y privatistas.

1. Mayoritariamente hacia el FREPASO y, en mucho menor medida, hacia la UCR. Ver tabla 4.

2. Mayoritariamente desde la UCR y, en menor medida, desde la Alianza de Centro. Ver tabla 5.

Los votantes fugados no se diferencian demasiado de los votantes peronistas “leales” en términos sociodemográficos o socioeconómicos. Esperablemente tienen opiniones mucho más negativas acerca del PJ y de su política económica. Desde el punto de vista de su historia electoral, los votantes fugados se dividen básicamente en dos grupos: el mayoritario votó por la UCR en 1983 y por PJ en 1989. Se trata, entonces, de ciudadanos de gran independencia que votan sin ataduras de lealtad partidaria (los integrantes de este grupo votaron a tres partidos diferentes en tres elecciones presidenciales consecutivas). El minoritario, en cambio, votó por el PJ en el 83. Puede hipotetizarse que se trata de peronistas “leales” que no aceptaron la transformación menemista del PJ y que, por lo tanto, se abrieron hacia el FREPASO (formado justamente por un grupo de dirigentes peronistas en desacuerdo con los cambios introducidos por Menem). Ambos grupos resultan, desde el punto de vista ideológico, moderadamente más distribucionistas y estatistas que los que permanecieron en el PJ, lo cual es consistente con la postura ideológica del FREPASO y la UCR.

Los votantes atraídos sí tienen un perfil sociológico claramente diferenciado del resto de los votantes del PJ en 1995. Hay una proporción considerablemente más alta de hombres y de personas de 50 a 64 años, y tienden a ser de nivel socioeconómico más alto. Tienen opiniones mucho más negativas del PJ pero similares de la política económica, lo cual confirma que se trata de un segmento no afín al PJ que se inclinó por Menem y sus políticas “no peronistas”. Casi todos ellos votaron por Alfonsín en 1983. Si se tiene en cuenta que son moderadamente más productivistas y privatistas que el resto de los votantes peronistas, se termina de dibujar el perfil

de un bloque de votantes de centro-derecha, tanto en lo ideológico como en lo socioeconómico: ciudadanos relativamente prósperos, favorables a la política económica, provenientes del liberalismo (Alianza de Centro) o la derecha del radicalismo y con orientaciones ideológicas similares a las de la conducción económica de Menem. En otras palabras, se trata de un sector de electorado que jamás hubiera votado por el peronismo de no haberse éste convertido en el representante del liberalismo económico en la Argentina. Estos ex votantes de Alfonsín, Angeloz y Alsogaray consideraron que en 1995 la opción liberal era Menem. En este sentido, ya fue señalado hace varios años que “la coalición alfonsinista fue ampliamente pluralista, pero ... el componente extrapartidario decisivo fue el proveniente del centro derecha” (Mora y Araujo 1985, 93). Mora y Araujo no deja de percibir “La paradoja: una coalición de centro derecha liderada por un partido de centro izquierda” (102); e inmediatamente se preguntaba “Cómo, y durante cuanto tiempo, puede mantenerse establemente una coalición electoral de centro derecha con una dirección de izquierda” (103). La respuesta que los años siguientes trajeron fue: “no mucho”. El caudal electoral de la UCR disminuyó constantemente entre 1983 y 1989, y volvió a hacerlo entre 1993 y 1995. No cabe duda que buena parte de estos votos perdidos correspondieron al segmento de centro derecha que en 1983 apoyó masivamente a Alfonsín, que luego buscó alternativas en partidos liberales nacionales o provinciales como la UCD, el Partido Federal, el Partido Demócrata, etc. y que en alguna medida apoyó a Angeloz-Casella o a Angeloz-Guzmán (siendo que Angeloz representaba la facción liberal del radicalismo) en 1989. En 1995 estos votantes se encontraron con una candidatura radical más de izquierda, opuesta incluso a la convertibilidad, y con un FREPASO conformado por un abanico de ideologías que iban desde el centro a la izquierda tradicional. La única alternativa de centro-derecha era Menem, ya que los partidos de centro derecha relevantes no llevaron candidatos o apoyaron la fórmula Menem-Ruckauf.

### **Conclusiones preliminares.**

El examen de datos electorales y de opinión pública hecho en este trabajo ha colaborado a aportar una idea más clara acerca los factores que explican el éxito electoral del peronismo menemista y “neoliberal”. Queda claro que el PJ logra mantener un muy importante caudal de votos “leales” a pesar de las supuestamente impopulares medidas económicas adoptadas entre 1989 y 1995. Sin embargo también es cierto que un segmento considerable de votantes hasta entonces leales desertan en las últimas elecciones presidenciales, mayormente hacia el FREPASO. Sin embargo en esas elecciones Menem logra superar su propio porcentaje de votos de 1989 gracias a su capacidad para atraer a segmentos de perfil socioeconómico e ideológico de centro-derecha. Los votantes que se pierden fundamentalmente hacia la izquierda son más que compensados por los que se suman al PJ provenientes mayoritariamente de los partidos liberales y de la derecha del radicalismo.

Estas transformaciones hacen que la coalición justicialista de 1995 haya sido algo diferente que la de 1989. Ese año los votos por el justicialismo muestran una estructura más horizontal, más policlasista, y una ideología más liberal y capitalista. También se debilita levemente la relación entre la evaluación del PJ y la intención de voto por Menem. El PJ, por lo menos en la elección de 1995, se hace un poco menos popular y obrero y representa un poco más a los sectores

medios y, por primera vez en su historia, a los altos. Es claro que también se convierte en una alternativa atractiva para los nuevos votantes y para los votantes independientes de ideología moderadamente liberal, que habían apoyado a Alfonsín en el 83 y a Angeloz o Alsogaray en el 89.

Las políticas económicas ortodoxas aplicadas por Menem no parecen haber sido tan impopulares como se las ha presentado. Resulta sugestivo en este sentido que el PJ, aún después de 6 años de reformas, logre retener a la mayoría de su electorado típico, es decir, popular, obrero, y más estatista y distribucionista que el promedio de la población. Por otra parte, esas políticas parecen ser las responsables del acercamiento de importantes sectores medios y altos del centro y la derecha del espectro ideológico, los cuales han sido tradicionalmente antiperonistas.

Resulta claro, entonces, que la fortaleza electoral del PJ en 1995 no se explica solamente por la lealtad emocional o clientelística de sus votantes (quedó demostrado que una buena parte de ellos no resultaron leales), sino por la capacidad para retener, por otros motivos -la política económica y sus resultados, de acuerdo a la hipótesis de este trabajo-, gran parte de su *constituency* tradicional y, al mismo tiempo, atraer sectores habitualmente alejados del peronismo. Se puede concluir preliminarmente que, lejos de provocar descontento y rechazo generalizado, el programa de estabilización y reformas estructurales lanzado en 1989 había contribuido a generar, hacia 1995, una vasta estructura de apoyos por parte de sectores muy diversos de la sociedad.

Los análisis presentados en este trabajo son necesariamente preliminares y exploratorios. Resulta necesario, y constituirá el próximo paso de esta investigación, refinar el análisis estadístico mediante el análisis de más variables y la realización de segmentaciones más sofisticadas. Como último paso habrá que recurrir a técnicas de regresión múltiple para variables dicotómica, que permitan aislar el efecto de las variables utilizadas en este trabajo y estimar el impacto de cada una de ellas, *ceteris paribus*, en la probabilidad de votar por el peronismo. La comparación de modelos multivariados de esta naturaleza para 1989 y 1995 arrojará, seguramente, nueva luz sobre los interrogantes planteados.

**Apéndice: Información técnica sobre las encuestas utilizadas.**

	<b>Encuesta Socmerc/89/3 (1989)</b>	<b>Encuesta Socmerc/95/3 (1995)</b>
Fuente	Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados.	Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados
Fechas de campo	Abril de 1989.	25 de marzo al 4 de abril de 1995.
Universo	Argentinos de 18 años y más residentes en la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Mendoza, Tucumán, Paraná, Salto y una zona rural de la Provincia de Tucumán	Argentinos de 18 años y más residentes en la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Mendoza, Tucumán, Paraná, Olavarría y una zona rural de la Provincia de Tucumán
Muestra	Polietápica por conglomerados, con selección aleatoria de barrios, manzanas, viviendas y entrevistados. Estratificada por sexo.	Polietápica por conglomerados, con selección aleatoria de barrios, manzanas, viviendas y entrevistados. Estratificada por sexo.
Número de casos total	800.	1224.
Número de casos utilizados	633 (declaran intención de voto por un partido).	986 (declaran intención de voto por un partido).
Margen de error total*	±3,5%.	±2,8%.
Margen de error para el número de casos utilizados	±3,9%.	±3,1%.

\* Todos los márgenes de error fueron calculados para un nivel de confianza del 95%.

## Bibliografía.

Acuña, C. (1993): "Argentina. Hacia un Nuevo Modelo". Nueva Sociedad, No. 126, julio-agosto 1993: 11-24.

\_\_\_\_\_. (1994) "Politics and Economics in the Argentina of the nineties (or, why the future no longer is what it used to be)." In Smith, W., Acuña, C. and Gamarra, E.: *Democracy, Markets and Structural Reform in Latin America. Argentina, Bolivia, Brazil, Chile and Mexico*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Acuña, C. and Smith, W. (1994): "The Political Economy of Structural Adjustment: The Logic of Support and Opposition to Neoliberal Reform." In Smith, W., Acuña, C. and Gamarra, E.: *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Bresser Pereira, L., Maravall, J. and Przeworski, A. (1993): *Economic Reforms in New Democracies. A Social-democratic Approach*. Cambridge University Press.

Dornbusch, R. (1991): *Structural Adjustment in Latin America*. Woodrow Wilson International Center for Scholars. Washington, D.C.

Dornbusch, R. and Edwards, S. (eds.) (1991): *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press.

Echegaray, F. (1996): "Condiciones Económicas y preferencias electorales en Argentina, Perú y Uruguay". *Sociedad*, Número 10, noviembre de 1996: 57-101.

\_\_\_\_\_. (1996): "Voto Económico o Referendum Político? Los Determinantes de las Elecciones Presidenciales en América Latina, 1982-1994." *Desarrollo Económico*, vol. 36, No. 142 (julio-setiembre de 1996): 603-619.

Fondo Monetario Internacional (1996): *Estadísticas Financieras Internacionales. Anuario*. Fondo Monetario Internacional. 1996.

Geddes, B. (1995): "The Politics of Economic Liberalization". *Latin American Research Review*, Vol. 30, N. 2, 1995: 195-214.

Gervasoni, C. (1995): "Economic Policy and Electoral Performance in Latin America, 1982-1995." M.A. Thesis, Center for Latin American Studies, Stanford University. 1995.

Guillermoprieto, A. (1994): *The Heart That Bleeds: Latin America Now*. New York. Knopf.

Gustafson, L. (de.) (1994): *Economic Development Under Democratic Regimes: Neo-liberalism in Latin America*. Praeger.

Haggard, S. and Kaufman, R. (eds.) (1992): *The Politics of Economic Adjustment. International Constraints, Distributive Conflicts, and the State*. Princeton University Press. Princeton.

- Hojman, D. (1994): "The Political Economy of Recent Conversions to Market Economics in Latin America". *Journal of Latin American Studies*, February 1994, V. 26 No.1: 191-219.
- Krueger, A. (1993): *Political Economy of Policy Reform in Developing Countries*. The MIT Press.
- Lewis-Beck, M. (1990): *Economics and Elections. The Major Western Democracies*. The University of Michigan Press. Ann Arbor.
- Lynch, E. (1994a): "Bolivia and The New Economic Policy of Victor Paz Estenssoro", in Gustafson, L. (ed.), 1994.
- \_\_\_\_\_. (1994b): "Ecuador under Leon Febres Cordero: The Folly of Halfway Measures.", in Gustafson, L. (ed.), 1994.
- Mora y Araujo, M. (1995): "La Naturaleza de la Coalición Alfonsinista". En Natalio Botana et al.: *La Argentina Electoral*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1985. Pags. 89-107.
- \_\_\_\_\_. (1980): "Las bases estructurales del peronismo". En Mora y Araujo, M. y Llorente, I. (comps.): *El Voto Peronista. Ensayos de Sociología Electoral Argentina*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1980.
- Mora y Araujo, M. y Smith, P. (1980): "Peronismo y desarrollo: las elecciones de 1973." En Mora y Araujo, M. y Llorente, I. (comps.): *El Voto Peronista. Ensayos de Sociología Electoral Argentina*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1980.
- Navarro, M.(1995): "Democracia y Reformas Estructurales: Explicaciones de la Tolerancia Popular al Ajuste Económico." *Desarrollo Económico*, vol. 35, No. 139 (octubre-diciembre 1995): 443-466.
- Nelson, J. (1992): "Poverty, Equity, and the Politics of Adjustment". In Haggard, S. and Kaufman, R. (eds.) 1992.
- Nelson, J. (ed.) (1990): *Economic Crisis and Policy Choice. The Politics of Adjustment in the Third World*. Princeton University Press.
- \_\_\_\_\_. (1994): *A Precarious Balance: A Summary of Democracy and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. International Center for Economic Growth-Overseas Development Council-Institute for Contemporary Studies.
- Nelson, J. et al. (1994): *Intricate Links: Democratization and Market Reforms in Latin America and Eastern Europe*. Transaction Publishers.
- Nohlen, D. (coord.) (1993): *Enciclopedia Electoral Latinoamericana y del Caribe*. Instituto Americano de Derechos Humanos.
- Petras, J. (1991): "El 'Milagro Económico' Chileno: Crítica Empírica". *Nueva Sociedad*, No. 113, mayo-junio 1991: 146-157.



Przeworski, A. (1991): *Democracy and the market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. Cambridge University Press.

Przeworski, A. and Stokes, S. (1993): "Political Dynamics of Economic Reforms: Six Facts in Search of an Explanation." Paper presented in the Conference on Political Dynamics of Economic Reforms, University of Chicago, May 14-16, 1993.

Remmer, K. (1990): "Democracy and Economic Crisis: The Latin American Experience". *World Politics*, V. 42 No. 3, April 1990: 315-335.

\_\_\_\_\_. (1991): "The Political impact of Economic Crisis in Latin America in the 1980's". *American Political Science Review*, V. 85 No. 3, September 1991: 777-800.

\_\_\_\_\_. (1993): "The Political Economy of Elections in Latin America, 1980-1991". *American Political Science Review*, V. 87 No. 2, June 1993: 393-407.

Rial, J. and Zovatto, D. (eds.) (1992): *Una Tarea Inconclusa: Elecciones y Democracia en America Latina: 1988-1991*. Instituto Interamericano Derechos Humanos-Centro de Asesoría y Promoción Electoral. San José de Costa Rica.

Schoultz, L.(1977): "The Socio-Economic Determinants of Popular-Authoritarian Electoral Behavior: The Case of Peronism." *American Political Science Review*, Vol 71., 1977: 1423-1446.

Smith, P. (1972): "The Social Base of Peronism." *Hispanic American Historical Review*. Volume 52, Number 1, February 1972: 55-73.

Smith, W., Acuña, C. and Gamarra, E. (1994a): *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*. New Brunswick: Transaction Publishers. 1994.

\_\_\_\_\_.(1994b): *Democracy, Markets and Structural Reform in Latin America. Argentina, Bolivia, Brazil, Chile and Mexico*. New Brunswick: Transaction Publishers. 1994.

Sunkel, O. and Zuleta, G. (1990): "Neo-structuralism vs. Neo-liberalism in the 1990's". *CEPAL Review* No. 42, December 1990: 35-51.

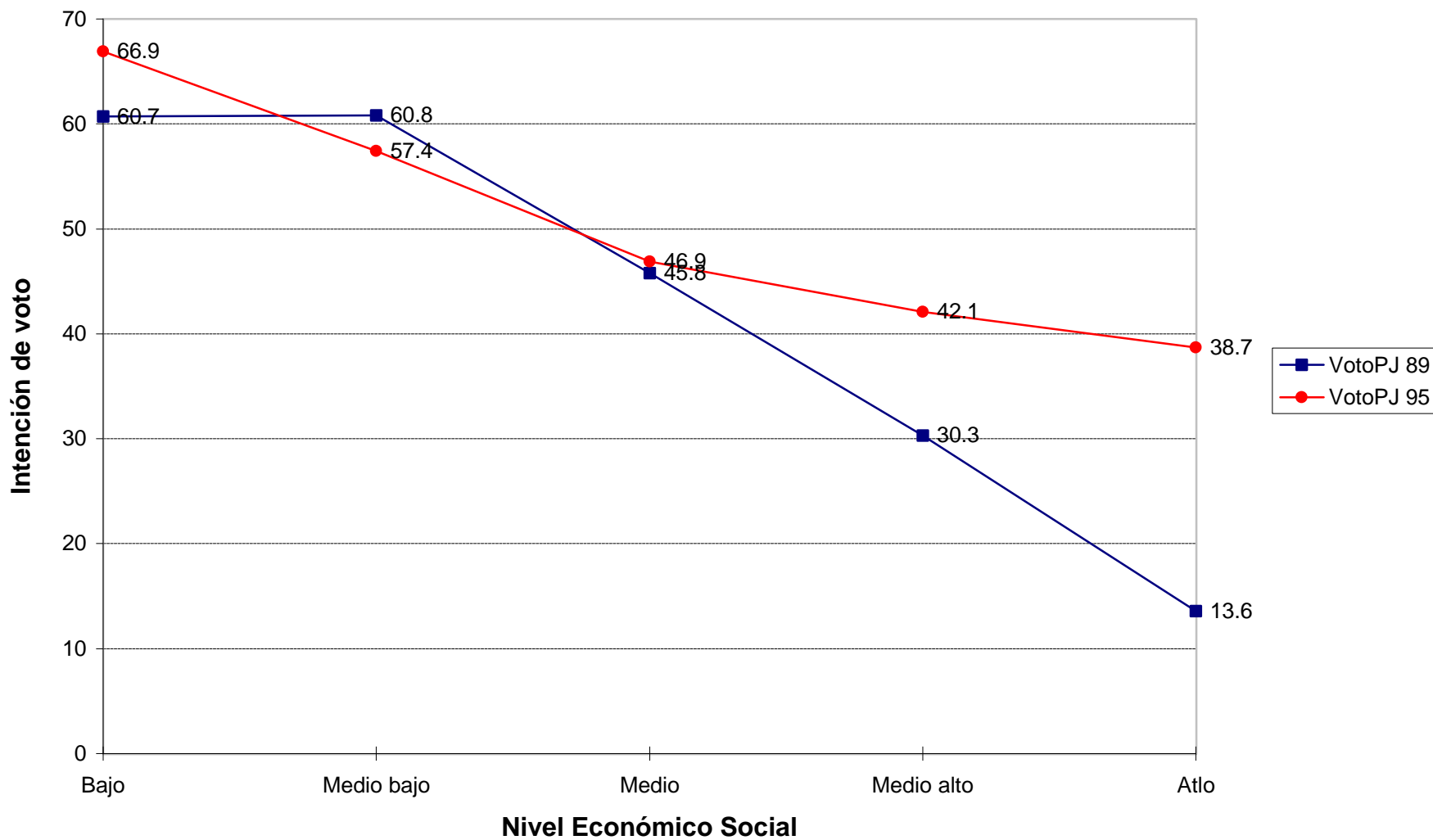
Williamson (ed.) (1990a): *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Washington, D.C.: Institute of International Economics.

\_\_\_\_\_. (1990b): *The Progress of Policy Reform in Latin America*. Washington, D. C.: Institute of International Economics.

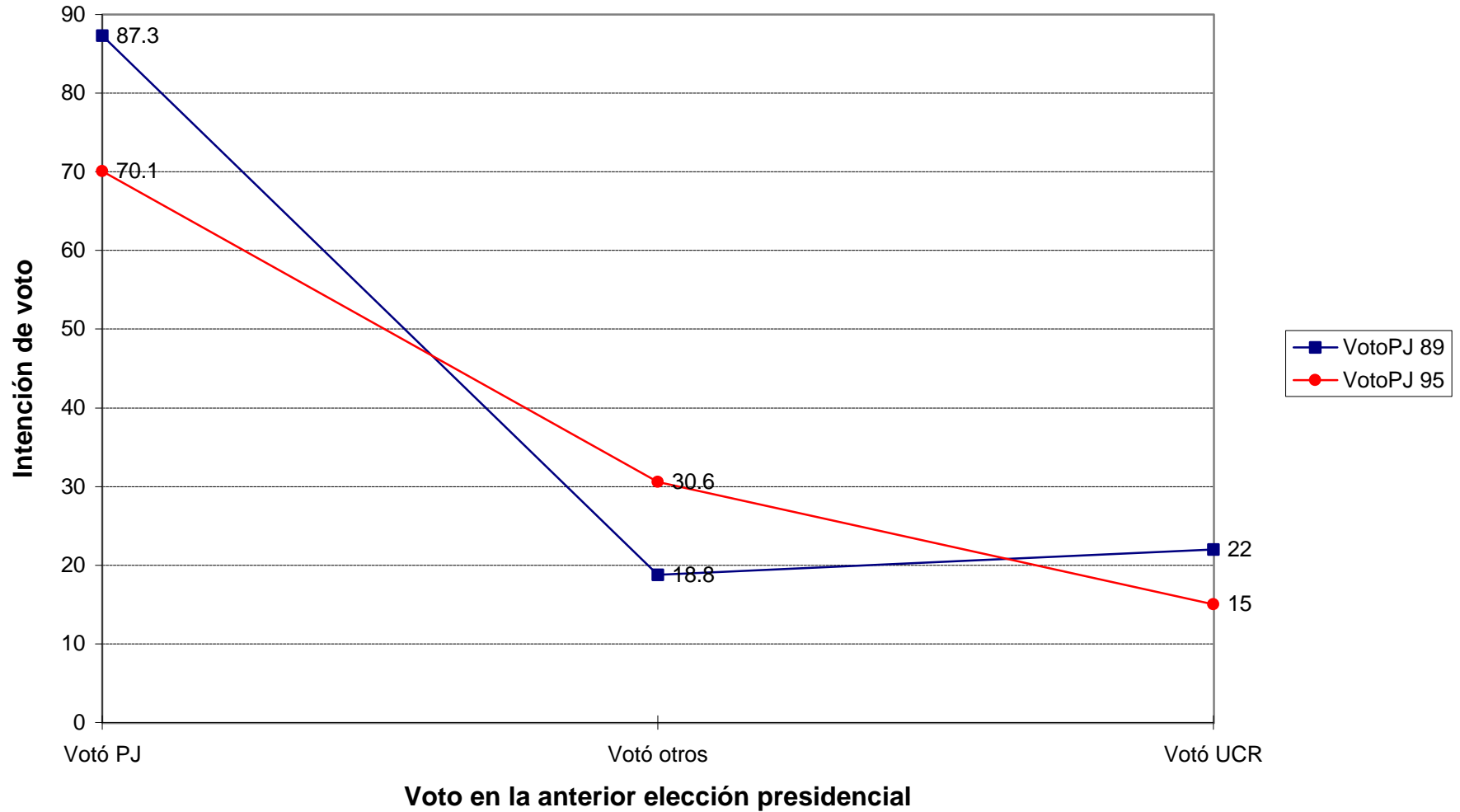
\_\_\_\_\_. (1994): *The Political Economy of Policy Reform*. Institute for International Economics.

World Bank (1993): *America Latina y el Caribe. Diez Años Después de la Crisis de la Deuda*. Banco Mundial. Oficina Regional de America Latina y el Caribe. Washington, D.C.

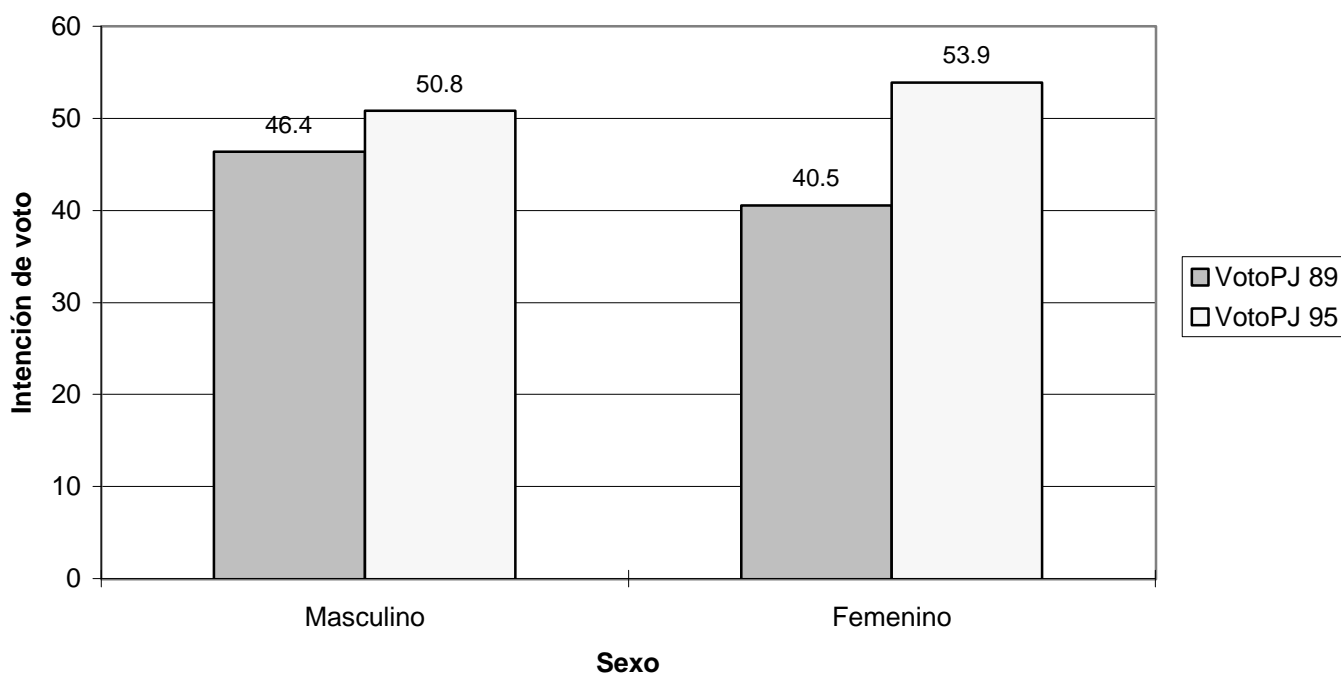
### Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según NES



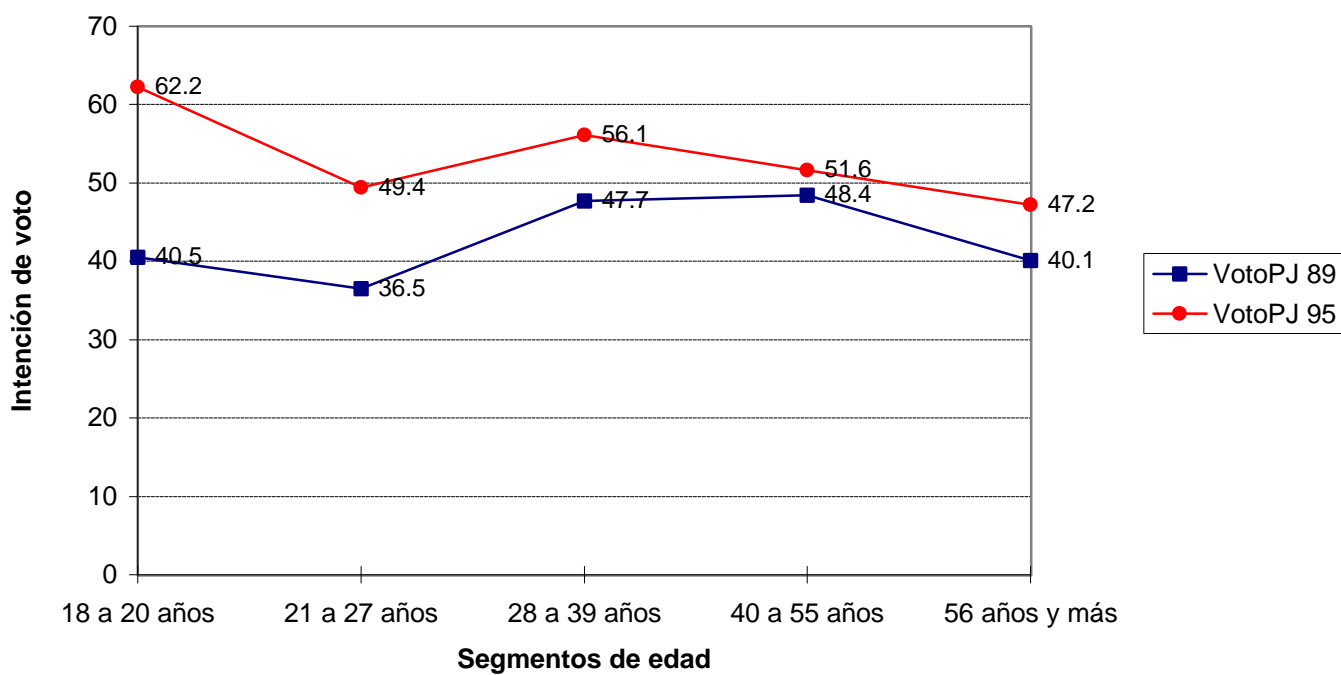
## Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Voto en la anterior elección presidencial



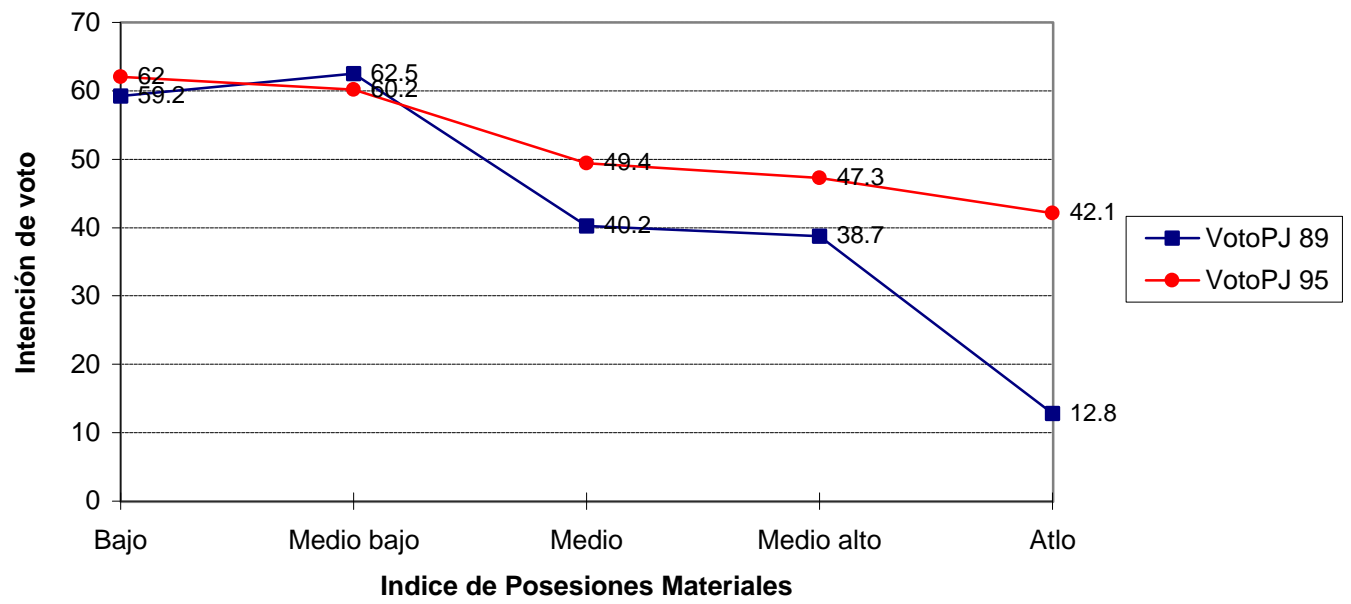
**Gráfico 3. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Sexo**



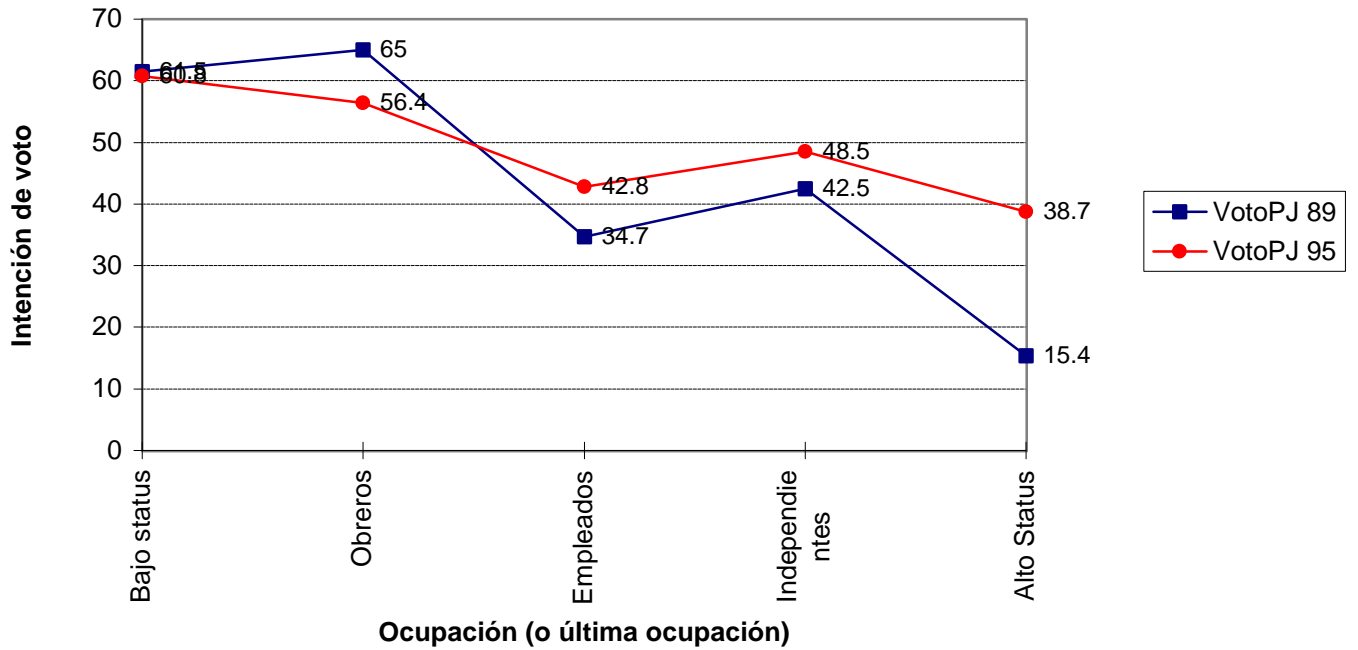
**Gráfico 4. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Edad**



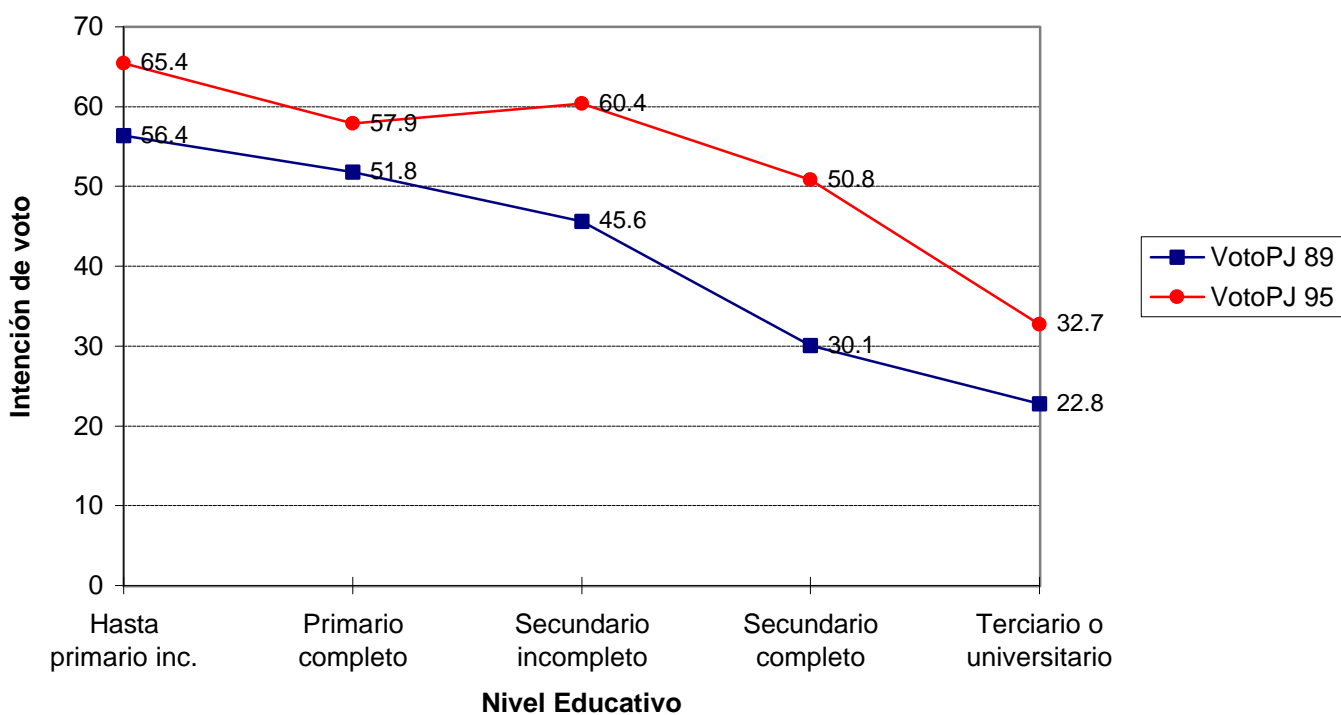
**Gráfico 5. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según IPM**



**Gráfico 6. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Tipo de Ocupación**

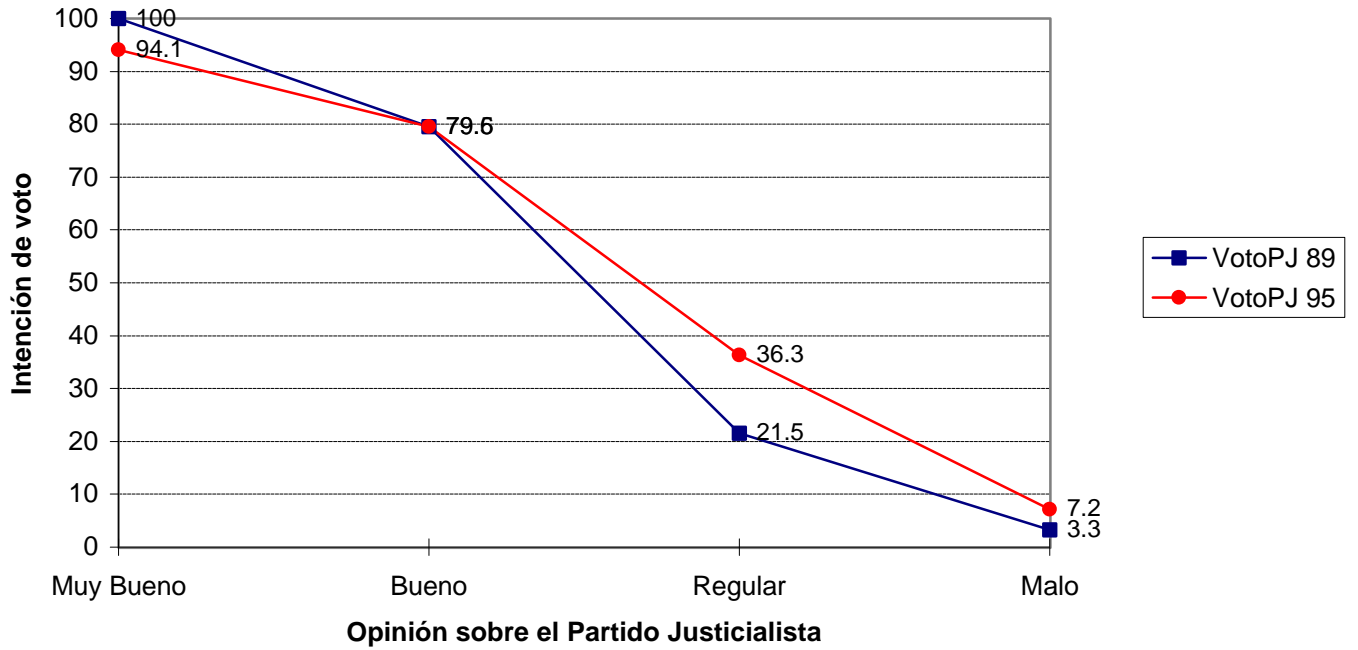


**Gráfico 7. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Nivel Educativo**

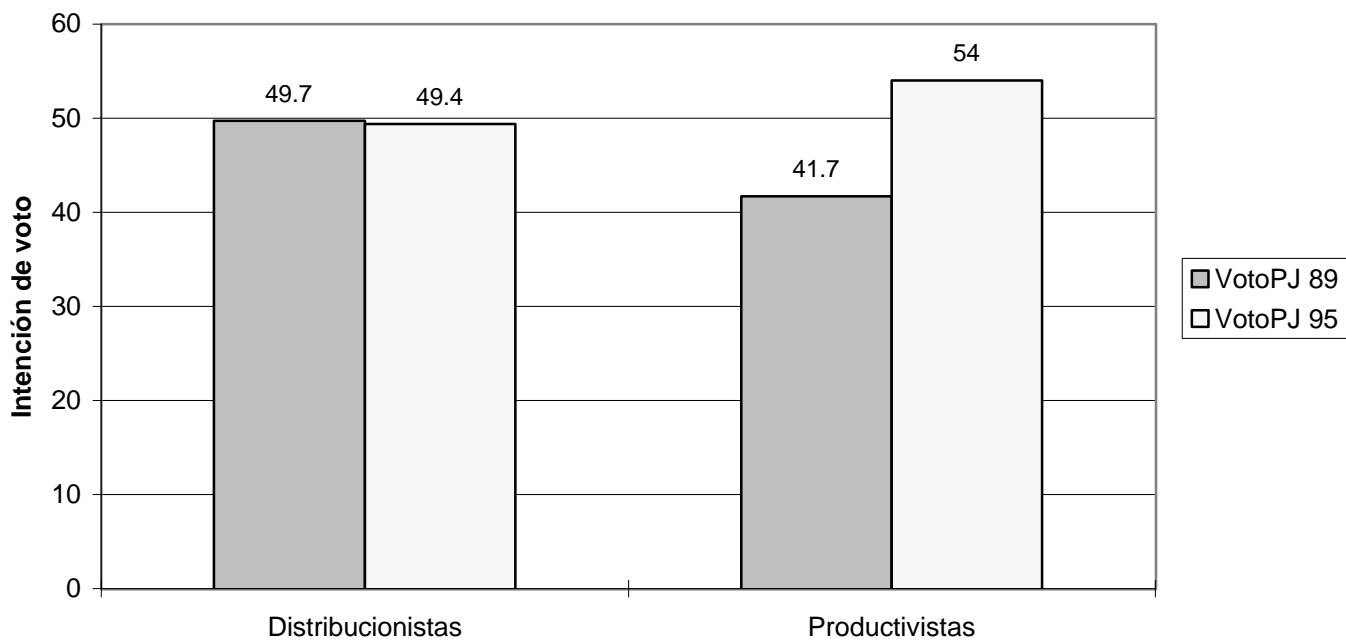




**Gráfico 8. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Opinión sobre el Partido Justicialista**



**Gráfico 9. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Productivismo-Distribucionismo**



**Gráfico 10. Intención de voto por Menem en 1989 y 1995 según Privatismo-Estatismo**

